

Atmósferas

La cultura entendida como producto puede ser, a pesar de todo, un fascinante método de conocimiento. Nos revelamos ante el concepto de «cultura de mercado» y evitamos siempre sus emisiones radioactivas, pero investigar la geopolítica de la cultura, su sofisticación y diversificación local, sus variedades de acentos y matices resulta inspirador. Las guerras secretas que mantienen las industrias del entretenimiento dejan constancia de este (siempre) renovado espacio de poder. El uso estratégico de las imágenes hiper-multiplicadas y de las técnicas del marketing provocan movimientos de masas de una magnitud hasta ahora desconocida en formas de audiencias programadas. La aritmética del arte, del espectáculo y del dinero moviliza los corazones al unísono, se habla a la vez a todo el mundo y a todos particularmente. Formatear conciencias, sincronizar emociones, homologar reacciones. La guerra global adquiere formas relucientes al librarse en el territorio de la cultura de masas y deja a la vista un apasionante tablero de ajedrez con atajos y pasadizos secretos que conectan directamente con la médula del sistema económico.

Resulta complicado, ante este mapa de relaciones, organizar y canalizar cualquier tipo de rebeldía cultural porque la trampa de los canales de distribución y difusión, en manos de los de siempre, ha hecho imposible la viabilidad de una producción disidente. La comunicación, en sus formas más elementales, se convierte asimismo en vehículo de difusión comercial hasta confundirse con ella misma. Cualquier intento de desobediencia en este campo corre peligro de convertirse en un mero gesto «folk» y, claro, seguir hablando para los de siempre, para los nuestros, puede resultar un hábito que se enrarece y se inflama. Hacer frente a una cultura dominante o hegemónica pasa por trabajar en la brecha que separa la idea de dominación de la idea de cultura, provocando escenarios indómitos de participación y atmósferas autónomas de creación experimental.

Resistencia

Probablemente exijamos a la práctica artística lo que no exigimos en otros ámbitos de lo social. Cuando la crisis adopta todas las formas posibles: dureza desconocida, gas irrespirable o líquido que ahoga nuestro ánimo, volvemos la mirada para exigir al arte una pureza tajante o una resistencia heroica. Justo cuando descubrimos que no era cuestión de grandes infraestructuras, sino de pequeños mimbres, justo cuando se desmoronan las políticas culturales y hubo que reencuadrar su acción, es cuando adjudicamos al arte y a la cultura la responsabilidad de la resistencia.

Interferir en las representaciones hegemónicas, recuperar aquellas historias silenciadas, trabajar allí donde no quisieron trabajar otras disciplinas, restituir la memoria relegada, asumir y tratar las fricciones sociales para dar

nuevas perspectivas, siguen siendo hoy trabajos de resistencia artística. Y sin embargo toda esta labor (mejor o peor, más o menos fiable), nos transmite la sensación de un arte a la defensiva, de un arte que irremediabilmente tendrá su nicho en el mercado: aquel rincón de la feria dedicado al arte contestatario o crítico.

La función simbólica de un arte contemporáneo «resistente» ya no es propositiva ni alternativa, no se trata de corregir la visión del mundo, ni de por supuesto de seguir asumiendo ingenuamente su transformación; su función no es otra que hacer resistente la propia idea de arte, no es otra que defender su indefendible necesidad como única garantía de «su-pervivencia».

Pero hoy tampoco se puede eludir la posibilidad de un arte que realmente abandone todo, como un anciano griego (Dimitris Jristulas) rebelde a la dictadura democrática que recupera con un gesto radical (como el suicidio) todo el sentido de la resistencia.

Mapas (2)

Lewis Carrol bromeó sobre la posibilidad de que en un país, tomando como referencia el ser humano, pudiera elaborar un mapa de su territorio tan detallado que se hiciera necesario dibujarlo a escala 1:1. Este mapa, que no podría desplegarse sin someterse a ese país a la oscuridad total, pues lo cubriría con un manto, no sólo perdería su función última sino que crearía un nuevo y definitivo problema, el de una redundancia fatal.

Cuando más firme es el intento de aproximarse a una representación de la realidad y de hacerlo asumiendo toda su complejidad, más nos alejamos de nuestro destino, más inútiles se hacen las marcas, menos sentido tiene el itinerario o la elección de un objetivo. Y cuanto más obstinadamente técnico es el intento, más fácilmente caemos enredados en la superfluidad, viéndonos envueltos en el eco que produce lo real en nuestros propios cuerpos, como una voz interior, inquietanta y dominadora.

El abordaje de las políticas públicas en relación al arte y la cultura se define cada vez más en sus formas. Catalogar y entender la realidad cultural como la posibilidad de un mapa tan preciso como regulador no es más que una ilusión ideológica. Todos los mapas que siendo trazados desde la circunstancia de gobierno pretenden ser omnicomprensivos, taparán, al ser desplegados, el territorio que quieren cartografiar.

Lo lógica del poder vive gracias al control de la visibilidad; el deber de la cultura por su parte es crear «espacios de aparición» esto es, esfera pública. El verdadero trabajo radica ahora en sacudirse todos aquellos mapas que nos suponen un carga para poder así agujerear la realidad.

ARTURO f. RODRIGUEZ. Textos extraídos del libro *Zutabeak* (2013, Ensoñaciones tobogán y Consonni). Contraportada del cartel Proklama nº6, celebrado en colaboración entre Azala y Artium (Vitoria-Gasteiz) del 2 al 5 de diciembre de 2015.